



DESAFÍOS EN LA EDUCACIÓN: EL SUJETO DE LA PSICOLOGIA CULTURAL

Branda, Silvia y Rampoldi Aguilar, Romina

branda.silvia@gmail.com, rominarampoldiaguilar@hotmail.com

UNMDP

Resumen

Uno de los desafíos de los educadores en la actualidad, es el de educar a una nueva generación que vive en un mundo atravesado por rápidos y constantes cambios. Jerome Bruner (1982) afirma que es la propia educación como hecho social, la que da origen y posibilidad a la negociación y adquisición de los significados. Son las intenciones, en las cuales participan más de una persona, las que brindan el material para la construcción de la vida social. Entonces, surge el siguiente interrogante ¿cómo podemos acompañar a los jóvenes en la tarea de aprender a vivir en un contexto de cambios vertiginosos?

Para encontrar respuestas debemos desplegar un concepto de nosotros mismos como ciudadanos del mundo tratando al mismo tiempo de conservar nuestra identidad local. Convivimos en una cultura en la que compartimos nuestras formas de pensar y relacionarnos, tenemos que aprender a aprender de los otros, a compartir esfuerzos para comprender el mundo personal, social y natural (Bruner, 1997). De esta manera, la educación entra en un debate que excede al clásico del currículum o criterios de evaluación, para adentrarse en cómo se conciben la cultura y sus metas; en este sentido el presente trabajo intentará generar una reflexión en torno al sujeto de la psicología cultural.

Palabras Clave: Educación; Identidad local; Cultura; Psicología cultural

Desarrollo

La única educación verdadera se realiza estimulando la capacidad del niño por las exigencias de las situaciones sociales en que se halla
John Dewey





Este artículo se origina en el marco de los proyectos de investigación que estamos realizando para el Doctorado en Educación de la Universidad Nacional de Rosario. En nuestro análisis partimos de la premisa que *la educación procede por la participación del individuo en la conciencia social de su cultura*, proceso que comienza desde el nacimiento y está presente permanentemente moldeando las capacidades de cada individuo, formando así sus hábitos y generando sus ideas. El individuo que se está educando, es un sujeto social y la sociedad es la unión orgánica de los individuos. Si eliminamos del niño el factor social, nos quedamos solo con una abstracción y si eliminamos de la sociedad el factor individual, nos quedamos con una masa inerte (Dewey, 1977).

Uno de los desafíos más grandes que encontramos los educadores en la actualidad es la tarea de educar a una nueva generación que vive en un mundo que está atravesando cambios muy rápidos. Esto implica educar para algo que aún es impreciso, hasta incierto. Es por eso que necesitamos repensar la educación para preparar a estos nuevos alumnos. El reto es entonces acompañar a estos jóvenes en la tarea de aprender a vivir en el amplio mundo de una tecnología cambiante y de un flujo continuo de información y al mismo tiempo mantener y refrescar nuestras identidades locales. Para ahondar en este problema decidimos indagar en la línea de la cultura y la educación y qué mejor referente para ayudarnos a desarrollar este tema que Jerome Bruner. Antes de sumergirnos de lleno en nuestro análisis, vamos a hacer un breve recorrido sobre su obra a modo de comprender mejor su línea de pensamiento.

Ya en 1956 cuando escribe *On thinking*, Bruner cuestiona el supuesto de aquel entonces que caracterizaba al individuo como vacío e ingenuo, como una “tabla rasa” en la cual giraban la mayoría de las investigaciones de la época. En este libro también plantea una cuestión clave “¿Cómo reduce la mente el variado mundo de las experiencias a un conjunto de categorías conceptualmente manejables?”. Se comienza a sostener que el pensamiento no opera respondiendo a estímulos. Requiere un procesamiento de la información que, a diferencia del estímulo, tiene una forma lógica matemática. Es por ello que el acto de conceptualizar o abstraer, es decir, pensar, requiere de una estrategia que se desarrolla en una serie de encuentros que se van entramando con la información. Para esta época nace oficialmente la *Revolución*





Cognitiva y en educación surgen preguntas cruciales como ¿qué tenemos que enseñar y con qué fin? Esta revolución provoca una revisión de la concepción reinante acerca de la enseñanza y el aprendizaje desprendiendo nuevos interrogantes: ¿qué, cómo y cuándo enseñar? y ¿cómo puede el alumno dar sentido a las ideas fundamentales de una disciplina?

Ya a mediados de los 70 se comienza abandonar en Ciencias Sociales la postura positivista acercándose más a una línea interpretativa en la que el significado pasa a ser un elemento central. Surgen nuevos interrogantes tales como ¿en qué sentido la cultura misma podía interpretarse como un texto que los participantes leían para su propia orientación? Paralelamente, Bruner retoma sus estudios sobre las primeras etapas del desarrollo, los años que preceden a los comienzos del habla y la adquisición del lenguaje. De esta manera observa que la madre establece pequeños *formatos* en los cuales usa el lenguaje proporcionando un andamiaje en el aprendizaje del niño. Con esto, Bruner establece una teoría general “La entrada del lenguaje está sistemáticamente arreglada por la comunidad lingüística. Los niños, al intentar usar el lenguaje para lograr sus fines, hacen mucho más que dominar un código, negocian procedimientos y significados y al aprender a hacer esto están aprendiendo los caminos de la cultura, así como los caminos de su lenguaje” (Temporetti, 2010, p.14). A esto Bruner agrega que el habla se basa en presuposiciones acerca de las intenciones de las personas al decir cosas y de las percepciones de la intención en los demás.

En 1982 en su ensayo *El lenguaje de la Educación*, Bruner afirma que es la propia educación como hecho social, la que da origen y posibilidad a la negociación y adquisición de los significados. A esto agrega que son las intenciones, en las cuales participan más de una persona, las que brindan el material para la construcción de la vida social. Comienza afianzarse a la idea de que el aprendizaje, más que una construcción individual, está construido culturalmente, en contraposición a la idea del niño aislado. En la década de los 90, Bruner comienza a identificar dos perspectivas en el estudio de la mente en relación a la cultura: una que enfatiza la capacidad humana individual para captar relaciones a través de un código simbólico arbitrario (Temporetti 2010) y otra, más intersubjetiva y centrada la capacidad de los humanos para leer pensamientos, intenciones, creencias y estados mentales en los miembros de su especie





en una cultura determinada. Agrega que, biología y cultura operan juntas y encuentran sentido en la definición inmediata de una situación y en el entorno del discurso.

En *The culture of education* (Educación, puerta de la cultura, 1996) Bruner vuelve a la idea de la dialogicidad entre el genoma y la cultura, en una relación muy cercana con la educación, entendida en un sentido más amplio como práctica social. De esta manera comienzan a conjugarse, psicología, cultura y educación afianzándose la idea que la evolución de la mente no puede existir por fuera de la cultura y que nada está libre de cultura. Es en este texto que nos vamos a detener para ahondar en el tema que nos preocupa ¿cómo podemos acompañar a los jóvenes en la tarea de aprender a vivir en un contexto de cambios vertiginosos? ¿Cómo los preparamos para lo que vendrá sin opacar las identidades locales? ¿Qué hace la escuela hoy para enfrentar estos nuevos cambios?

Para poder encontrar respuestas a estos interrogantes debemos embarcarnos en la labor de desplegar un concepto de nosotros mismos como ciudadanos del mundo tratando al mismo tiempo de conservar nuestra identidad local. El desafío entonces de los educadores es abandonar el modelo de transmisión de conocimientos o de habilidades básicas que los alumnos necesitarán para ganarse la vida, para poder sumergirse en un modelo económico -tecnológico y para que esto sea posible la sociedad debe encajar en un contexto cultural humano que la sostenga (Bruner, 1997). Convivimos en una cultura en la que compartimos nuestras formas de pensar y relacionarnos y así como aprendemos a trabajar en comunidad, tenemos que aprender a aprender de los otros, a compartir esfuerzos para comprender el mundo personal, social y natural (Bruner, 1997). Es por ello que la educación debería colaborar con el esfuerzo de encontrar nuestro camino en nuestra cultura y así poder comprenderla desde sus distintas dimensiones. De esta manera, los educadores debemos ayudar a los alumnos a tomar conciencia del mundo en el que van a vivir, es decir de “concienciar”¹. La educación actual entra entonces en un debate que abarca cuestiones que exceden a las clásicas como el currículum o los criterios de evaluación, para adentrarse en la concepción de cómo se conciben la cultura y sus metas.

Bruner sostiene que:

...es la cultura, y no la biología, la que moldea la vida y mente humanas, la que confiere significado a la acción situando sus estados intencionales subyacentes





en un sistema interpretativo. Y esto lo consigue imponiendo patrones inherentes a los sistemas simbólicos de la cultura: sus modalidades de lenguajes y discurso, las formas de explicación lógica y narrativa y los patrones de vida comunitaria mutuamente interdependientes. (Bruner, 2006, p.48)

La tesis central de Bruner en *Educación puerta de la cultura* es que “la cultura da forma a la mente, que nos aporta la caja de herramientas a través de la cual construimos no sólo nuestros mundos sino nuestras propias concepciones de nosotros mismos y nuestros poderes” (Bruner, 1997, p.12) y propone considerar la educación escolar en su contexto cultural situado. Apoya su tesis en la línea de “psicología cultural”ⁱⁱⁱ sosteniendo que, aprender, hablar, imaginar, recordar se hace posible participando en una cultura. Agrega que “la vida mental se vive con otros” (Bruner, 1997, p.13) y logra desarrollarse a través de códigos culturales. Desde esta perspectiva afirmamos que la educación no se vive solo en la escuela sino también en el seno familiar cuando los miembros, colectivamente, dan sentido a lo que sucedió durante el día o cuando los niños se ayudan mutuamente para entender el mundo adulto. Bruner también postula que para crear una cultura de la escuela enriquecedora que capacite a los niños para estar atentos a las oportunidades de la cultura global se deben favorecer las “culturas de aprendizaje mutuo” que consiste en compartir ideas y conocimientos ofreciendo ayuda mutua en la división de tareas brindando oportunidades para favorecer la reflexión acerca de las actividades grupales. De esta manera, la escuela debe concebirse como promotora de la toma de conciencia sobre la actividad mental comunal.

En las décadas posteriores a la revolución cognitiva han surgido debates en torno a la naturaleza de la mente humana y surgen dos hipótesis centrales. La primera es que la mente se pudiera concebir como un mecanismo computacional y la segunda es que la mente se construye en la interacción de la cultura humana. Estas dos concepciones tienen miradas muy diferentes en cuanto a cómo debería cultivarse la mente y cada una llevó a sus seguidores a implementar estrategias diferentes acerca de los mecanismos de funcionamiento de la mente y consecuentemente, cómo se podría mejorar a través de la educación. En este trabajo nos focalizamos en la segunda teoría con respecto a la naturaleza de la mente, el culturalismo, que toma como raíz el hecho de que la mente no podría existir si no fuera por la cultura. Su idea fundamental es que





“la evolución de la mente está ligada al desarrollo de una forma de vida en la que la realidad está representada por un simbolismo compartido por los miembros de una comunidad cultural en la que una forma de vida técnico-social es a la vez organizada y construida en términos de este simbolismo” (Bruner, 1997, p.21). Esto implica que, aunque los significados están en las mentes de cada uno de nosotros, tienen sus orígenes y su significación en la cultura en la que se generan. La cultura brinda los instrumentos para entender nuestros mundos en formas comunicables, la evolución humana nos permite utilizar las herramientas de la cultura. De esta manera el aprendizaje y el pensamiento están siempre situados en un contexto cultural y dependen de la utilización de los recursos culturales. El culturalismo da cuenta de cómo los seres humanos de comunidades culturales crean y transforman los significados, es por ello que podemos afirmar que actúa de afuera hacia adentro. Ve a la educación de una manera diferente, toma como premisa básica que la educación no es una isla, sino parte del “continente de la cultura”.

Bruner desarrolla nueve postulados que sostienen a una perspectiva psico-cultural de la educación y agrega que “...la educación es una importante encarnación de la forma de vida de una cultura, no simplemente una preparación para ella” (Bruner, 1997, p.31). El primer postulado es el *perspectivista*, que sostiene que el significado de cualquier hecho está signado por la perspectiva o marco de referencia en términos del cual se construye. La interpretación de los significados refleja las historias de los individuos y la forma de construir la realidad en su cultura. Todo está impregnado por la cultura. La interacción entre los individuos es lo que le da carácter comunal al pensamiento individual. El segundo postulado es el de los *límites*, que sostiene que las creaciones de significados de los seres humanos están limitadas de dos maneras: la primera, la de la propia naturaleza del funcionamiento mental humano que no deben entenderse como la dotación innata fija del hombre sino también se reflejan en cómo representamos el mundo a través del lenguaje y las teorías populares. En este sentido, si la pedagogía va a capacitar a los seres humanos para que vayan más allá de sus predisposiciones innatas, debe transmitir la *caja de herramientas* que ha desarrollado la cultura. La segunda, la de las constricciones impuestas por los sistemas simbólicos accesibles a las mentes humanas, límites impuestos por la propia naturaleza del lenguaje





y sistemas accesibles a distintas culturas. El pensamiento toma su forma del lenguaje en que se formula o expresa y las víctimas reales de los límites del lenguaje son aquellos que son menos conscientes del lenguaje que hablan. El tercer postulado es el del *constructivismo*, que afirma que la realidad que asignamos a los *mundos* que habitamos, es construida. Es el producto de la creación de conocimiento conjunta sustentada por las tradiciones con la *caja de herramientas* de formas de pensar de una cultura determinada. El cuarto postulado es el *interaccional*, que argumenta que mediante la interacción con otros, los niños descubren de qué trata la cultura y cómo se concibe el mundo, por ello se favorece una comunidad mutua en la que el aprendizaje sea un proceso interactivo en el que las personas aprenden unas de otras, y no sencillamente del mostrar y contar. El quinto postulado es el de la *externalización*, que se conecta directamente con la idea de Ignace Meyerson de que el rol de toda actividad cultural colectiva es producir “obras” - *oeuvres*- que lleguen a una existencia propia y que dejen traslucir la identidad de aquellos que participan en ella. En este sentido, la externalización produce un registro de nuestros esfuerzos mentales, es decir, el pensamiento se transforma en un producto final. Así las culturas logran trascender al conservar y dar continuidad a sus obras. El sexto postulado es el del *instrumentalismo*, que argumenta que la educación siempre tiene consecuencias sobre las vidas de aquellos quienes la recibieron. Estas consecuencias son instrumentales en las vidas de los individuos ya que la educación aporta formas de pensar y de hablar con las que después las personas pueden destacarse en los distintos grupos sociales y laborales. Podríamos reconocer entonces que la educación no es neutral ya que tiene consecuencias sociales y económicas. El séptimo postulado es el *institucional*, que afirma que en la medida en que la educación se institucionaliza en el mundo desarrollado comienza a tomar el mismo comportamiento que el resto de las instituciones y consecuentemente sufre inconvenientes comunes a ellas. Debemos concebir que las culturas no son simplemente grupos de personas que comparten un lenguaje y tradición histórica común sino que se componen de instituciones que determinan qué función tiene cada miembro y qué estatus se les otorga, por eso es que Bruner indica que las instituciones hacen la tarea seria de la cultura. Los individuos no pertenecen únicamente a una sola institución ya que forman parte de una familia, un grupo ocupacional, un barrio, una nación, un partido político,





etc. De esta manera las instituciones se pueden complementar unas con otras como también compiten por privilegios y poder. El octavo postulado es el de la *identidad* y la *auto-estima*, y es, según Bruner, tan importante que implica los postulados antes enunciados y sostiene que única cosa más universal sobre la experiencia humana es el fenómeno del *Yo*, y se sabe que la educación es crucial para su formación. Ahora bien, hay dos aspectos del *Yo* que se consideran universales, el primero es la agencia, y el segundo, la valoración. La agencia del *Yo* deriva de la sensación de poder iniciar y llevar a cabo actividades por nuestra cuenta. Las personas se experimentan a sí mismas como agentes. Para ello construye un sistema conceptual que organiza un "registro" de encuentros agenciales con el mundo, un registro que está relacionado con el pasado ("memoria autobiográfica") pero que también está extrapolado hacia el futuro, un *Yo* con historia y con posibilidad, un *yo* que se desborda hacia las cosas y las actividades. La segunda característica, es la valoración. No solo se experimenta el *Yo* como agente, se valora también la eficiencia en llevar a cabo lo que esperábamos o lo que se nos pidió hacer. El *Yo* va tomando cada vez más el sabor de esas valoraciones. Bruner llama "autoestima" a esta mezcla de eficacia y auto-valoración. Es decir, la combinación de aquello que creemos que somos (e incluso esperamos ser) capaces, y lo que nos tememos está más allá de nuestro alcance. El noveno y último postulado es el *narrativo*, reconocido como forma de pensamiento y como vehículo para la creación de significado. Bruner argumenta que es muy probable que la importancia de la narración para la cohesión de una cultura sea tan grande como lo es para la estructuración de la vida de un individuo. La habilidad para construir narraciones y para entender narraciones es crucial en la construcción de nuestras vidas y la construcción de un lugar para nosotros mismos en el posible mundo al que nos enfrentamos.

El rol de la educación ante la perspectiva psico-cultural

Luego de analizar estos nueve postulados que forman parte del andamiaje de la perspectiva cultural en educación, podemos arribar a las siguientes conclusiones:

Bruner subraya el lado interpretativo y creador de significado del pensamiento humano, entonces, una función importante de la educación es equipar a los seres humanos con los sistemas simbólicos que se necesitan para enfrentarse a esta





multivocalidad cultural que surge de las distintas perspectivas. Si la pedagogía va a capacitar a los seres humanos para que vayan más allá de sus predisposiciones innatas debe transmitir la *caja de herramientas* que ha desarrollado la cultura para hacerlo. La educación debe colaborar para que los niños aprendan a usar las herramientas de creación de significado y construcción de la realidad para poder adecuarse mejor al mundo en el que viven y modificarlo según sea necesario. Debe también promover que el aula se reconceptualice como una subcomunidad de aprendices mutuos, con el profesor orquestando los procedimientos quien asume un rol de animar a otros a compartir conocimiento y experiencias. Bruner explica que el mayor hito en la historia de la externalización ha sido la escritura, poniendo el pensamiento en el papel, haciéndolo público. Seguramente habrá otras formas en las que el pensamiento conjuntamente negociado puede ser externalizado como *oeuvres* y muchas maneras en las que se les pueda dar una utilidad en las escuelas. La psicología cultural sostiene que la escuela nunca puede considerarse culturalmente aséptica: qué se enseña, qué modos de pensamiento se promueven y qué registros del habla se cultivan dan cuenta de cómo la escuela se sitúa en la vida y la cultura de los alumnos ya que el currículum de las escuelas no sólo contempla asignaturas. Los propios sistemas educativos están altamente institucionalizados, dominando sus propios valores y la mejora de la educación requiere profesores que entiendan y estén comprometidos con las mejoras proyectadas. Si la agencia y la estima son centrales a la construcción de un concepto del Yo, las prácticas habituales de la escuela deben examinarse desde la perspectiva de qué contribución hacen a estos dos ingredientes cruciales de la persona. El éxito y el fracaso son componentes esenciales en el desarrollo de la persona. Es la escuela donde el niño se enfrenta a una edad temprana con estos criterios ya que la escuela juzga su rendimiento. Es aquí donde entra en juego la valoración con respecto a nuestra eficacia en realizar lo que deseamos o lo que se espera de nosotros colaborando en la construcción de nuestra auto-estima, el cómo se experimenta esta última varía con las formas de la cultura. La escuela ha sido en ocasiones dura con la auto-estima de los niños, y cualquier teoría pedagógica o cualquier sistema educativo que disminuya el rol de la escuela en nutrir la auto-estima de sus alumnos, fracasa. Un sistema de educación debe ayudar a los que crecen en una cultura a encontrar una identidad dentro de esa





cultura. Sin ella, se tropiezan en sus esfuerzos por alcanzar el significado. Solamente en una modalidad narrativa, el individuo puede construir una identidad y encontrar un lugar en la cultura propia, las escuelas deben cultivarla, nutrirla, dejar de darla por supuesto. Hay mucho por hacer, hay mucho por lograr, pero la cautivadora idea que la evolución de la mente no puede existir por fuera de la cultura y que nada está libre de cultura alienta, a desarrollar nuevas estrategias pedagógicas para la educación presente. Nos gustaría cerrar este análisis con una cita del Dr. Temporetti que resume nuestra manera de concebir esta estrecha relación que existe entre la educación y la cultura.

... el Sujeto de nuestra tradición psicológica y educativa (...) -hoy retomado por la Psicología Cultural –es ante todo un sujeto biológico e histórico, con historia familiar, local y social, un sujeto que entre otras muchas cosas piensa, actúa, desea, colabora, transgrede y, cuando las circunstancias le son propicias, hace la digestión; seres que no pueden estar solos y son capaces de conciencias aunque en buena medida sus actos están estructurados desde el inconsciente. Un sujeto en cuya construcción (...) los que asumimos la tarea de educar estamos, nos guste o no, ética y humanamente implicados y comprometidos. (Temporetti, 2006, pp.89-102)

Referencias Bibliográficas:

- Bruner, J. (2006) Prácticas educativas: entre lo individual y lo sociocultural. Breve ensayo sobre los conocimientos psicológicos en la enseñanza. En: *Itinerarios Educativos la revista del INDI. (1)1*, 89.-.102.
- Bruner, J. (2006) *Actos de significados. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza Editorial
- Bruner, J. (1997) *La Educación puerta de la cultura* Madrid: Visor
- Bruner, J. (2002) *La Fabrica de historias*. Buenos Aires: FCE
- Dewey, J. (1977) *Mi credo pedagógico; teoría de la educación y sociedad*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina
- Temporetti, F. (2010) Jerome S. Bruner, la Psicología en construcción... y una Pedagogía también. *Revista Digital Psyberia. (2)3*.

ⁱ Bruner (1997) toma este término de las pioneras del movimiento feminista en los sesenta para desarrollar la idea de concienciar e informar sobre los modos de dar sentido al mundo.

ⁱⁱ Las cuestiones importantes que se presentan en el marco de la psicología cultural, según Bruner (1997), son: la producción y negociación de significados, la construcción de un yo, la adquisición de habilidades simbólicas y el carácter situado de una actividad mental partiendo de la premisa que no se puede entender la actividad mental si no se tiene en cuenta el contexto cultural.

